Diré lo que cualquiera que posee en su cabeza siquiera tres letras del alfabeto: si fuese director de instrucción pública, pondría como obligatorio en el programa de enseñanza de todas las escuelas, con la íntima convicción de prestar gran servicio, la lectura del *Diccionario* de la lengua, con comentarios y exámenes á fin de cada curso.

Porque me parecen preguntas muy razonables, cuando tantas y tantas cosas se hace aprender á los estudiantes, las siguientes: —¿Cómo se dice esto, ó lo otro, ó lo de más allá en nuestra lengua?

Y no vale decir:—Hay *Prontuarios*... No me convencen los trabajos *hechos*, es preciso hacerlos individualmente si han de ser útiles; se necesita comprar la propia lengua con nuestra propia sangre, ó si se quiere, con nuestra propia tinta; y los *Prontuarios* no contienen mas que nombres. Tampoco vale decir:—No hay tiempo en un curso... Veámoslo: un *Diccionario* cualquiera, el más completo, viene á tener mil setecientas páginas en ocho volúmenes, por ejemplo, en octavo, de doscientas hojas cada tomo... pues diez páginas por día...

—¡Un año!

Creedme, niños y jóvenes; seguid mi consejo: leed, leed el *Diccionario*.

IV

APUNTES

—

Cualquier provinciano que se ponga á leer el *Léxicon* de su lengua nacional, se persuade, desde las primeras páginas, de esta verdad: que la lengua hablada y escrita en su provincia es tan pobre, tan escasa, tan falta de voces y de modos, que mejor debería llamarse *media lengua* que verdadero idioma ó idioma entero.

Leyendo el *Diccionario*, con efecto, se tropieza con cientos y aun miles de palabras vivas, eficacísimas, gráficas, de significado tal, que serían insustituíbles con otras palabras; vocablos que no se usan en las provincias, que no se es-

criben jamás, ó en rarísimas ocasiones, como si se tratara de voces y modos muertos.

Es inútil añadir, que la razón del hecho es común á todas las lenguas en las naciones donde se habla algún dialecto; pero no será superfluo insistir en ello, para demostrar á los jóvenes de provincias que se dedican al estudio de la lengua nacional, que deben tratar de apropiarse la parte que les falta de la lengua del país, cuyas lagunas no pueden llenarse de otro modo tan prontamente y con tanta utilidad si no es mediante el estudio del *Diccionario*.

¡Cuántas veces, hablando ó escribiendo, tenemos necesidad de emplear palabras que determinen y concreten el pensamiento completamente adecuadas; y por no saberlas ó no tenerlas, como suele decirse, á la mano, buscamos por medio de rodeos y ambigüedades frases ó voces que indiquen sobre poco más ó menos la idea! La expresión nacida de esta manera, siempre es genérica y sin vigor, puesto que puede aplicarse á casos distintos, resultando el lenguaje sin colorido y sin garbo. Lo abstracto, como decía Manzoni, sustituyendo á lo concreto y preciso.

Así sucede, que de cada cien palabras expresivas, sólo se emplea el veinticinco por ciento en la conversación usual; el resto de la conversación se rellena con vaguedades ó impropiedades. Una perífrasis, un gesto ó un ademán uni-

do á una palabra inadecuada, expresan las más veces el pensamiento en el lenguaje familiar.

*
* *

De esta pobreza de la lengua hablada se tiene una prueba á cada instante. En las provincias, en los pueblos sobre todo, nota el forastero que sabe el idioma correcta y ampliamente, que las gentes quedan asombradas con motivo de cualquier palabra pronunciada, que caiga fuera del reducidísimo diccionario que usualmente manejan. Y hasta se requiere un cierto estudio para acomodar el *Vocabulario* de la lengua á las necesidades de aquella localidad, sobre todo cuando es un dialecto lo que se habla.

Cierto que el progreso se advierte cuando se enseña á las pobres gentes vocablos nuevos con que expresar objetos ó ideas que antes requerían giros largos y no siempre exactos; pero en cambio, suele correrse el peligro de que las gentes se nieguen á admitir nuevas voces, como si fuesen extranjeras, por no hallarse incluídas en el caudal escaso de vocablos usuales.

*
* *

Una de las grandes razones por las cuales muchos de nosotros no comprendemos la necesidad de enriquecer la propia lengua, es que, ignorando ciertos modismos y ciertas voces, no advertimos al escribir ó al hablar determinadas perífrasis, ciertos rodeos, ciertas contorsiones de las frases de que nos servimos para expresar objetos ó pensamientos que podían ser dichos con palabras adecuadas y breves. Claro está que si ignoro la existencia de la palabra *capirotazo ó papirotazo*, por ejemplo, no comprenderé por qué se asombra la persona á la cual le diga que «Fulano me dió en la garganta un golpe apoyando el dedo del corazón contra el pulgar, y soltando el primero con violencia.»

Y es natural que mi interlocutor se asombre de que diga tantas palabras en vez de una.

Si no sé que existen palabras determinadas para significar acciones ó cosas ó principios determinados, dicho se está que no sentiré la necesidad de averiguar nuevas voces y aprender palabras nuevas, cuando puedo servirme de los acostumbrados giros para las necesidades de la vida.

Pongámonos á estudiar la lengua «con tanto ojo así», como decía Giusti, y veremos qué sinnúmero de lagunas hay en nuestra conversación y en nuestra escritura, cuánto superfluo, cuánta impropiedad, cuánta pedantería, cuánta miseria.

*
* *

El mejor medio de estudiar la lexicografía me parece extractar del *Diccionario* otro pequeño para nuestro uso particular, agrupando un cierto número de voces empleadas para cada función de la vida ordinaria ó para cada orden de ideas ó esfera de asuntos.

Un repaso á semejantes listas da por resultado un despertar súbito de conceptos, un lenguaje nuevo, como si dijéramos, que enseña más por el trabajo de la memoria que el estudio de diez libros.

*
* *

Cierto que no todos los vocablos y modos que son castizos, son usuales ni aun en determina-

das provincias donde se habla más correctamente la lengua madre, ni tampoco deben admitirse á cierra ojos. Pero al hacer los apuntes que arriba indicamos, es preferible ser liberal que escrupuloso, ya que no hay palabra ociosa ó poco usada ó antipática (que también en materia de lenguaje existen las antipatías), la cual, empleada en cierto sentido ó en tal cual punto y momento, particularmente en el lenguaje familiar, deje de ofrecer una adecuidad singularísima, con tal que, como apuntaba Giusti, se sepa aplicar de modo que no haga sospechar que se ha buscado y rebuscado con candil para el caso.

Y proviene precisamente de la ignorancia ó del no disponer rápidamente, para tener en los labios mas que un escaso número de expresiones, la dificultad que encontramos para explicar con gracia, contar con ingenio ó describir cómica y burlescamente de modo que se produzca la hilaridad ó el fin apetecido. Porque si lo que se quiere contar no es por sí mismo muy cómico, poca *vis cómica* puede agregársele si faltan las gracias genuinas de la expresión misma.

Por el contrario, cuando los provincianos hablan sus respectivos dialectos, la mitad de la gracia está en el decir; y de las cosas que apenas son ridículas, sacan extraordinario partido, provocando la risa, casi exclusivamente por el empleo de los vocablos y modismos.

*
* *

Parece raro, pero es la verdad, que para los que hablan dialecto, uno de los mayores impedimentos para hablar y escribir bien la lengua nacional, es el miedo que el propio dialecto les infunde.

Por temor, con efecto, á que se les escapen modismos provinciales, suprimen de la conversación palabras enteramente castizas, y frases que, vertidas del dialecto á la lengua, resultarían completamente precisas y puras. Y el fenómeno se observa en los dialectos de todas las lenguas de todos los países. En Italia se podrían citar miles de ejemplos para demostrar que los piamonteses, los genoveses, etc., á fuerza de pueriles temores, hablan una lengua italiana contrahecha, dura, pesada como el plomo.

*
* *

Otra observación general. Hace algún tiempo que se ha introducido en Italia (y en todas

partes) el estudio de las lenguas extranjeras, siendo costumbre comunísima. Gran número de jóvenes, de niños y de niñas de todas las clases sociales, se dedican á *completar* la propia y respectiva educación con el estudio del inglés y del alemán. No menciono el francés, porque se puede decir que es lengua casi necesaria para todo y para todos, así como tampoco me refiero á los que aprenden las lenguas extranjeras por pura obligación para el desempeño de su profesión, oficio ó carrera.

Ahora bien; yo me pregunto si este estudio da en la mayoría de los casos un fruto correspondiente al trabajo que cuesta; es decir, resultados que equivalgan á lo que se obtendría de un estudio consagrado á la lengua propia, hecho en el mismo tiempo y con idéntico esmero.

Me permito creer que no corresponde aquel esfuerzo á los resultados.

Primero, porque no pudiendo ó no queriendo la mayor parte de los que estudian aquellos idiomas hacerlo de una manera científica, este trabajo se reduce para ellos á una nueva fatiga de la memoria, á un corto ejercicio de paciencia, á una tarea escolar, que sirve poquísimo para la cultura del ingenio, por no decir que lo mortifica ó le perjudica.

Además hay un argumento de hechos, un

argumento práctico, que vale más que ninguno, contra tales estudios; y es á saber: que de cada treinta personas que empiezan á estudiar, por ejemplo, el alemán, quince se aburren y descorazonan y lo dejan al cabo del año, ó á los seis meses ó antes; cinco lo aprenden y lo olvidan después, en todo ó en parte, porque las vicisitudes de la vida les obliga á descuidarlo; otros cinco no lo olvidan, pero no tienen ocasión de cultivarlo, ó porque no viajan ó porque carecen de motivo para estudiar las materias para las cuales aquella lengua es precisamente la clave; y de los cinco restantes, en fin, acaso tres, tres á lo más, lo poseerán de un modo tal que puedan gustar (entendámonos, *gustar*, no *comprender* solamente), los buenos autores alemanes.

Porque me explico que un médico, un empleado, comerciante, militar (quiero decir, los que ejercen una profesión ó las personas doctas) estudien el alemán lo suficiente para entender cuantos libros les puedan interesar; y sólo lo suficiente, porque ellos no necesitan sino una parte, la indispensable para penetrar el sentido de aquellas obras, y á este fin, con poco tiempo les basta. Pero no es lo mismo el conocimiento de una lengua que se aprende, como suele decirse, por adorno; porque á los jóvenes ó á las jóvenes que estudian con tal ob-

jeto, se les impone la obligación de hacer un vasto y profundo estudio, de manera que lleguen á poder gozar de todas las bellezas de aquel idioma, á percibir todas las armonías, á compenetrarse con todas las fibras de la poesía de Goëthe, de Voltaire, de Shakespeare ó de Calderón. Y ¡cuántos dicen que *conocen* á estos maestros, y apenas si les es dado, no ya gustar, sino percibir el pensamiento de dichos autores, siquiera sea en traducciones más ó menos correctas ó más ó menos fieles!

*
* *

Creo firmemente que no se puede asegurar que existe verdadera cultura en un país donde los estudios filológicos ó lingüísticos no hayan adquirido gran desarrollo; pero no entiendo que esta cultura deba consistir en la manía universal de leer mal y traducir peor tres ó cuatro lenguas extranjeras, sino que se ha de fundar en estudios serios lingüísticos ó filológicos; ora de filosofía de la lengua, ora de simple conocimiento de la misma, pero profunda y claramente poseída, literaria y gramaticalmente estudiada.

En vez de fatigarse tanto y tantas horas para clavar en el cerebro miles de raíces, cientos de

frases exóticas, aprendidas las cuales se presenta el espíritu del idioma extranjero como velado á la inteligencia del estudiante; en lugar de esto, repito, ¡cuánto mejor sería que los jóvenes se consagraran al estudio constante y amoroso, es decir, hecho con verdadero cariño y con entusiasmo, de la propia lengua!

*
* *

Puede ser una satisfacción saber sostener, torturando el pensamiento, una conversación de media hora con una persona nacida á mil quinientas millas de distancia. Pero ciertamente es una satisfacción más íntima saber encontrar á cada instante, hablando la lengua materna, una fórmula eficaz y galana en la cual el propio pensamiento se adapte y resplandezca como perla engarzada; poder grabar en el ánimo de los demás los más tenues matices de nuestros sentimientos; advertir en el semblante de la persona amada las graduales impresiones causadas por nuestras palabras, cuyas expresiones fieles revelasen el estado de nuestro ánimo como claro espejo, yendo derecha cada frase al corazón ó á la mente, al pensamiento ó á la sensibilidad, y siempre delicado el lenguaje y siempre gráfi-

co; revelar á las personas desconocidas con pocas palabras fugitivas nuestra manera de ser y nuestra cultura; colorear é iluminar todas nuestras ideas... y por último, ser *nacional* por la manera de hablar, como se es *patriota* de corazón.